LA ÚLTIMA GUARIDA DEL LOBO

(Basada en hechos y personajes reales).

= O = O =

RICARDO ALONSO CABELLOS

La última guarida del lobo

© del texto: Ricardo Alonso Cabellos
© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
© portada: Punto Rojo Libros, S.L.
© de esta edición:
Punto Rojo Libros, S. L., 2017
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: febrero 2017

ISBN: 9788417049270

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

I

VIERNES, 20 DE ABRIL DE 1945.

Fecha memorable para Alemania. A temprana hora de la mañana, una voz inconfundible, perteneciente al *Gauleiter* de Berlín, Paul Joseph Goebbels, también ministro de Propaganda, de gran desenvoltura y habilidad oratoria, anunció por la *Deutschlandsender*, la emisora oficial:

–Achtung, Deutschen! Hoy es un día de gran júbilo para todos… Nuestro querido Führer cumple 56 años; hemos de demostrar sincero alborozo por tal acontecimiento. Tengamos fe y plena confianza en él; pronto nos sabrá sacar de las dificultades por las que atravesamos. Los augurios nos son favorables. En la vida de Federico el Grande, con quien tanta similitud guarda la de él, hubo instantes donde apareció completamente fracasado, logrando luego salir triunfante y victorioso.

El egregio aludido se encontraba instalado en uno de la serie de *búnkers* dragados en los alrededores del subsuelo de los jardines del palacio de la Cancillería, cuyo croquis corrió a cargo del arquitecto Albert Speer, a un paso del parque de *Tiergarten*, que servía de goce y deleite de los berlineses. La regia morada del gobierno, el recio bastión, irreducible e imponente edificio de majestuosas escalinatas, largas galerías, ornamentado de maderas preciosas, con ricas cortinas de terciopelo y bordados con hilos de oro. Gruesas alfombras, donde se hundían los pies al andar por ellas. Suntuosas lámparas iluminando los amplios salones. Ahí, los jefes de Estado, reyes y presidentes de las naciones del mundo entero acudían sumisos, dóciles y hasta temerosos, a rendir pleitesía al gran Señor, al Amo. Sin embargo, los obuses y granadas habían impactado sobre sus muros y los destruyeron casi por entero. El fuego se encargó de hacer el resto, devorarlo todo y ennegrecer cuanto no pudo consumir...

La fastuosa mole ahora se veía solitaria, desocupada y destrozada, abandonada su grandeza y magnificencia…

Los refugios subterráneos lindantes, por el contrario, eran lo opuesto radicalmente, y servían de cobijo al personal más allegado al Jefe Supremo. La guarida principal se hallaba excavado a 50 pies de profundidad,

fabricada de obra maciza, compuesta de hormigón armado, con paredes de más de dos metros de grosor, a prueba de bombas; sustituyendo a los otros cobijos anteriores, que ofrecían menos garantías de seguridad, ante la profusión de proyectiles con que eran castigados diariamente. Constaba de dos niveles. A ellos había acceso bien desde los sótanos de la Cancillería o por uno de los extremos del mismo jardín, utilizando una escalera de caracol.

La primera de las plantas estaba destinada a la servidumbre, la cocina y el comedor. La de abajo, con 18 reducidos aposentos, alineados a ambos lados de un pasillo central, las habitaciones privadas de Eva Braun y Adolf Hitler, provistas de baño y tocador para ella, y despacho, con un único adorno del retrato de Federico el Grande, el rey de Prusia perteneciente a la casa de *Hohenzollern*, que sus acciones contribuyeron a la expansión territorial de Prusia, convirtiéndola en una gran nación, que disputó la supremacía a Austria en el Sacro Imperio Germano. Además, incluía el cobijo de una estancia o sala de mapas, donde se oficiaban las cotidianas conferencias; las dependencias de la guardia, compuesta por una compañía *Waffen SS*; el generador eléctrico, suministrador de la energía al recinto para el funcionamiento de emisoras y teléfonos, así como de la luz perpetua, de la cual debían servirse sin descanso. Los aparatos purificadores del ambiente y aireación procuraban renovarlo por el del exterior, sin conseguir librarlo en su totalidad de esa sensación de ambiente viciado, pobre en oxígeno.

Estaba abastecido de los servicios propios para subsistir sin necesidad del apoyo exterior, con ventilación, cuyos conductos poseían filtros especiales para impedir la penetración en el interior de gases tóxicos mortíferos, de que pudieran ser acometidos, generador eléctrico, calefacción y agua, aunque eso no quisiera decir que la atmósfera que se respiraba estuviera demasiado cargada. La central telefónica, dotada de varias líneas y manejadas por especialistas, ponía al lugar en comunicación con el punto requerido, por distante que estuviera, valiéndose de globos cautivos para las antenas.

Existían, además, dos estancias para Morell, el médico particular del *Führer* desde 1936.

Y por último, la dependencia de Stumpfegger. El muniqués Ludwig Stumpfegger, quien además de doctor en medicina era teniente coronel de las *Waffen SS*; estuvo ejerciendo funciones en el campo de internamiento de mujeres de Ravensbruck, en unión al doctor Gebhart, haciendo las más completas clases de experimentos científicos con las concentradas, como eran realizar trasplantes de huesos y comprobar las consecuencias que po-

drían representar en el cuerpo humano los Rayos X, con lo que con dichas pruebas provocaba el ochenta o noventa por ciento del fallecimiento de los afectados. Fue destinado a la Cancillería del *Reich* por el *Reichsführer* Himmler, para atender personalmente al *Führer* y a Goebbels. Al pasar al *búnker*, se hizo transportar una elemental clínica de curas, para atender los casos de mayor urgencia a darse. El cirujano al que sustituyó, Brandt, caído en desgracia, fue juzgado y condenado al pelotón de fusilamiento.

Junto al *führerbúnker* estaban los otros refugios y sótanos, desde los que a diario se desplazaban un tropel de jefes, oficiales, oficinistas y secretarias, según su labor a participar en las asiduas conferencias a celebrarse.

Jodl, capitán general, y Keitel, mariscal de campo, acudían de sus cuarteles generales de Zossen y Postdam, respectivamente, mientras el nuevo jefe del Estado Mayor General del Ejército, el general Hans Krebs, permanecía con Hitler en Berlín.

Una mujer alta y delgada, de esbelta figura, cabellos rubios suaves, facciones delicadas y piernas largas y bonitas, acostumbrada a los deportes, que incluso había posado de modelo para un fotógrafo, se le acercó y besó tenuemente en la mejilla, a la vez que le decía:

–*Guten Morguen*, Adolf.

–*Guten Morguen*, Eva.

–Felicidades.

–*Danke*.

A partir del día 15 de ese mismo mes se encontraba Eva Braun con Hitler, su abnegada amante desde doce años atrás. Inesperadamente se presentó allí y anunciado su decisión de mantenerse junto a él. Estuvo residiendo en *Obersalzberg*, en el *Berghof* (Nido del Águila), el confortable hotelito de dos elevaciones y buhardilla, en la ladera de la montaña de los Alpes Bávaros. En su confinamiento, sus únicas aficiones estribaron en esquiar, leer novelas románticas y ver películas. De su persona emanaba una distinción y elegancia manifiestas, con un embrujo femenino atrayente, agradable y sinceramente delicioso. Como él nunca la condujo y exhibió en parte alguna, apenas la conocían los demás, a excepción del reducido círculo de allegados. Entre ambos había una diferencia de 22 años.

Nació en Munich el día 6 de febrero de 1912, y era descendiente de un maestro de escuela y Francisca, una modista, quienes tuvieron tres hijas: Ilse, Eva y Gretel.

Eva era buena deportista y aficionada a la naturaleza, destacando en todo tipo de actividad físicas, en especial en la natación.

Ilse era la hermana mayor; trabajó como asistenta del otorrino y cirujano judío Martín Levy Marx, y no formaba parte del círculo íntimo de Hitler, ni de su política. Gretel, de 29 años de edad, estuvo estudiando fotografía en la escuela pública de Baviera, y el año anterior contrajo matrimonio con Hermann Fegelein, oficial de enlace de las *Waffen SS*.

Aunque no buena estudiante, Eva se graduó en secretaría a los 17 años, y comenzó a trabajar como asistente de oficina en el laboratorio de un amigo de la familia, Heinrich Hoffman, fotógrafo oficial de Adolf Hitler.

Se prendió a su brazo y le acompañó en el corto recorrido que daba el pasillo de sí. Iba con un vestido de color azul con lunares blancos, medias de tonalidad humo y zapatos italianos marrones. De joyas, lucía un reloj de platino con brillantes y una pulsera de oro con una piedra verde.

–No deberías estar aquí, Eva.

–Mi lugar es donde tú te halles, y mi destino es enteramente el tuyo.

El *Obergruppenführer* Hermann Fegelein aprovechó, asimismo, para arrimarse al *Führer* y demostrarle su incondicional fidelidad y agasajo. Su historia fue meteórica; comenzó como simple mozo de cuadras, pasó a ser *jockey* a continuación; gracias a su innata tendencia lisonjera, fue escalando puestos a una velocidad vertiginosa, hasta alcanzar el cargo de general de las *Waffen SS*, la unidad que comenzó como cuerpo de élite de las *Schutzstaffel SS*, las Escuadras de Protección, para convertirse en una fuerza de choque y combate, que llegó a reunir 950.000 hombres, a las órdenes del *Reichsführer* Einrich Himmler.

Fegelein culminó su fulgurante carrera al ser nombrado oficial de enlace del *Reichsführer*, redondeada por completo al casarse con Gretel Braun, la hermana de Eva, penetrando así en el contorno familiar del dirigente *nazi*.

Aquel día, 20 de abril de 1945, su 56 onomástica, sería una jornada movida para Adolf Hitler, ajetreada e importante, a pesar de no desarrollarse en el exterior con el optimismo deseado las cosas trascendentales. Recibiría en su ulterior cobijo a las más relevantes personalidades de la Nación, tanto políticas como militares, otrora algunas comisiones delegadas de los combatientes, las cuales acudirían allí a rendirle homenaje, sus parabienes y adhesión.

Resistía en Berlín, encerrado primero en la Cancillería y luego trasladado al *búnker*, cuando los bombardeos hicieron imposible seguir en el palacio, desde el día 16 de enero, al regresar descalabrado, casi rematada-

mente derrotado, después de su postrera y desesperada tentativa de abrirse camino de nuevo hasta los puertos del Atlántico, cosa en un tris de lograr. Si ello no fue así se debió, según su versión, a la incompetencia del alto mando. A partir de entonces no quiso abandonar aquello, dirigiendo personalmente desde allí las operaciones él mismo. Todavía se consideraba repleto de fulgor, y confiaba por entero en que la victoria definitiva le vendría en el momento más inopinado.

Físicamente, permanecía con escasa fortaleza y su cabeza guardaba cierta oscilación continua. Al andar, había de hacerlo arrastrando los pies, con espasmos en el izquierdo, jadeando, que le obligaba a sentarse cuando le sucedía. El brazo izquierdo le colgaba a lo largo del costado, inmóvil; en cambio, la mano derecha no paraba de temblarle, y siempre procuraba tenerla asida a cualquier objeto, a fin de disimular el defecto. Esto le sucedía desde el atentado padecido el día 20 de julio del año anterior. El cuadro se completaba con su semblante enflaquecido, agotado; grandes ojeras bajo los párpados y sin la llama que antes se le escapaba acerada de las pupilas, sin nadie poderla soportar de lleno sobre sí, ahora lánguida y sin brillo. Incluso cuando hablaba lo hacía con voz apagada, que apenas le salía del cuerpo, sin resuello.

A su edad, semejaba más bien ser un anciano decrépito y deshecho, a un hombre en la cima de madurez y hegemonía.

Durante los últimos días, vestía su uniforme militar gris, con las insignias de oro del partido, la Cruz de Hierro de primera clase y la condecoración de los heridos de la Primera Guerra Mundial. Camisa blanca y corbata negra. Pantalones de color negro; calcetines y zapatos de cuero del mismo color.

La mayor parte del día estuvo dedicado en exclusivo a las recepciones de visitantes a la guarida subterránea, **la última guarida del Lobo**, a acatar pleitesía al jefe, al dirigente, al señor, al rey de los Nibelungos.

Wilhelm Mohnke, *Brigadeführer* de las *SS*, de servicio en la Cancillería, curtido en cien batallas, herido numerosas veces, alguna de ellas de gravedad, hasta tal punto de tenerle que ser amputado un pie, ser condecorado por méritos de guerra con la Cruz de Hierro de Primera Clase, la Cruz Alemana de Oro y la Cruz de Caballero, llegando a organizar la fuerza *Panzer* del *Leibstandarte* "Adolf Hitler", que luego de que le hirieran seriamente en un oído, le fue concedido el mando de la defensa del *Reich*, daba las órdenes a sus hombres para inspeccionar con minuciosidad a los que llegaban, fueran de la categoría que fuesen. Ninguno de ellos podría

portar oculta algún arma o artefacto explosivo.

Una de las primeras delegaciones en asistir fue la de las *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas), defensoras de la ciudad de Berlín. Chicos imberbes, adolescentes aún no salidos de la edad de los estudios, juegos y competiciones, ya enzarzados de lleno en las vicisitudes y avatares de la vida, pesando en ellos la tremenda responsabilidad de saber derramar hasta la última gota de su sangre, antes de tener la debilidad de retroceder un solo paso y que sus amigos u oficiales los apostrofaran de cobardes.

Aquel grupo, de todas formas, había sido elegido y sus componentes acreditaban hazañas propias del más valeroso soldado. Iban encabezados por su jefe, Artur Axmann, de 32 años, manco del brazo derecho, a consecuencias de las heridas recibidas luchando contra los rusos en el frente del este. Fueron colocados en fila y pie recto en uno de los extremos de los jardines devastados de la Cancillería, junto a la entrada al *búnker*, en presencia de los más altos mandatarios del régimen.

–*Heil* Hitler!

El grito general, el saludo a coro entonado unánimemente por aquellas gargantas en los albores de la pubertad, encendió los ánimos de los asistentes. El *Führer* se emocionó y sintió reconfortado, ante semejantes temples tan puros e incólumes, y entonó con un orgullo como hacía tiempo no experimentaba:

–Vosotros sois la auténtica semilla que hará germinar, difundir y hacer patente la misión, con ideas pugnadas por imponer y llevar a cabo. Vuestras ilusiones, preferencias e ímpetus deben estar limpios, seguros y convencidos de alcanzar lo propuesto, hasta conseguir la victoria. No habéis de creer, ni prestar atención, es más, debéis aplastar a quienes traten de confundiros con monsergas de que la Nación se viene abajo, se derrumba, y se prevé próxima la capitulación... Tal cosa no es posible, mientras existáis vosotros.

Se interrumpió y los fue repasando uno a uno. Contempló sus rostros lampiños, pero firmes, imperturbables, finos y afilados. Les condecoró con la medalla de segunda clase del mérito al valor, haciendo verter las lágrimas de pundonor y orgullo a los jóvenes.

–Con unos combatientes así desde el principio, no habríamos declinado a esta posición lamentable y crítica como la actual. Demostráis ser tan hombres, por no decir más, que los demás, y os he de agradecer el encomiable y valeroso gesto realizado, sabiendo defender la ciudad, la llave del reino, Berlín. De vosotros habrían de aprender los restantes luchadores...

Andad, id y continuad la labor; marchad adelante, camino del triunfo que, no dudéis, se producirá.

Los esforzados y templados muchachos-guerreros se mantenían inmóviles, pétreos, notando en su interior un fuego abrasador propinándoles nuevos impulsos para regresar a la línea de vanguardia y aguantar con solidez las avalanchas enemigas. Haber comparecido ante la más alta dignidad, alabados con esa exaltación y premiados, era algo otorgante de los mayores honores a que podían aspirar.

Una vez despedidos los excelsos jóvenes a retornar a sus puestos de combate en la primera línea del frente, a seguir defendiendo palmo a palmo el terreno con una fiereza más arrolladora, el *Führer* cambió su rictus resplandeciente por otro más adusto y en consonancia con la realidad. Se preparó para recibir a otros personajes y comisiones, menos castos y sensibles; más falsos y ladinos.

A pesar de la gravedad de las circunstancias por las que atravesaban, se mostraba contento y feliz en aquel día de su 56 cumpleaños, viendo como a él iban a rendirle sumisión, simbolizando a los más variados súbditos de la nación. Ello denotaba continuar siendo el dueño indiscutible de la situación; quien mandaba, ordenaba y disponía sin discusión sobre aquello que se había de hacer.

Este segundo grupo, estaba compuesto por:

Hermann Goering, *Reichsmariscal*, segundo del *Führer* y sucesor directo suyo, ministro del Aire, comandante de la *Luftwaffe*, presidente del consejo de ministros para la defensa del *Reich*, presidente del *Reichstag*, plenipotenciario del plan de Cuatro Años, pero a quien su amor a las comodidades y debilidad por la indolencia y el lujo menoscabaron su privilegio político. Vivía a lo gran señor en su finca de *Karinhall*, donde pasaba el tiempo dando banquetes y organizando cacerías por sus bosques, a la par de ser buen aficionado a coleccionar los mejores cuadros y obras de arte de las ciudades europeas por las que evolucionaron gloriosamente los ejércitos *nazis*, así como su mayor antojo consistía en presumir con fantásticos uniformes de color blanco o celeste, lucidos según las ocasiones y el momento exigía.

Joseph Goebbels, nacido en el seno de una familia católica, ocho años más joven que Hitler, corto de estatura y cojo, a causa de una osteomielitis infantil, que le obligaba a usar zapato ortopédico con alza en el pie derecho. A pesar de la manifestada aversión hacia los judíos, tuvo preceptores de esa raza. *Gauleiter* de Berlín, el compañero de la primitiva época,

cuando emprendieron idéntico itinerario político. Y su función como Ministro de Propaganda se cifraba en controlar los medios de radio, cine y literatura, censurando cualquier noticia que no fuera ensalzar el espíritu del sentir germano.

Heinrich Himmler, ministro del Interior, cuyo rango le permitía acaparar las tres clases de policía: secreta, servicio de seguridad y policía del crimen. Había nacido en el año 1900. En 1944 se convirtió en una de las personas de total confianza de Hitler. Al ser *Reichsführer*, manejaba la jefatura de las unidades políticas, además de las *Waffen SS*; su potestad albergaba un ejército de más de un millón de hombres. Hasta él se consideraba a sí mismo como un verdadero coloso. Bajo su jurisdicción tenía los campos de concentración y exterminio, lo cual le convertía en un despiadado sádico. Se jactaba de haber exterminado a seis millones de judíos, que aún le parecían pocos y se encargaría de incrementar el número. Tenía una vehemencia y predilección por su jefe, que no dudaba en afirmar: *"Por mi Führer haría cualquier cosa, y si me ordenase matar a mi madre… lo haría"*.

Karl Doenitz, el gran almirante, ministro de Marina. De familia burguesa. Empezó en 1910, a los 18 años, como cadete en la Marina Imperial. En la Primera Guerra Mundial luchó al mando de un submarino. Al crearse el Partido Nazi, se encargó de equipar una poderosa flota de sumergibles, cuyo objetivo consiguió burlando las cláusulas impuestas por el *Tratado de Versalles*, lo cual logró con tal eficacia que obtuvo el mando de la misma y el grado de contralmirante, para luego sustituir, en 1943, al almirante Raeder.

Wilhelm Keitel, de 63 años; fue capitán de Estado Mayor en la Primera Guerra. Prosiguió en el ejército a su terminación, hasta alcanzar los más destacados puestos, Mayor General y jefe del departamento de administración del ministerio de Guerra. Contó después con la jefatura de la Comandancia Superior y estuvo adjunto al gobierno. Llevó a cabo con acierto misiones fundamentales, como fueron la ocupación de Austria, Checoslovaquia y Polonia; supervisó las campañas de Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. Cuando estaba a punto de retirarse, por razones de salud, Hitler le atrajo a su lado, al ser uno de los pocos en quienes podía confiar.

Alfred Jodl, jefe de Estado Mayor, de la "*Dirección de las Fuerzas Armadas*", nombrado en 1945 por Karl Doenitz. A los 24 años de edad, al comenzar la primera contienda mundial, la finalizó con el grado de capitán, y estuvo en contacto con Wilhelm Keitel. Como les sucedió a muchos mili-

tares, el desencanto hizo presa en él. Por eso, fue atraído por el partido *Nacionalsocialista*, de mano de Keitel, que le puso al cargo de la jefatura de operaciones. En estrecha colaboración con Hitler, desde su despacho se estudiaron las estrategias para las invasiones y ocupación de Austria, Checoslovaquia y Polonia.

Martin Bormann, que vio la luz en 1900, sucedió a Rudolf Hess en el puesto de jefe de la cancillería del partido, cuando partió en un avión hacia Inglaterra, a fin de llegar a un acuerdo entre los dos países en contra de la Unión Soviética. Manejaba la administración del Estado; las autoridades del *Reich* habían de rendirle cuentas. Los *Gauleiter*s, comisarios de los diferentes distritos en que estaba seccionada la nación, dependían directamente de él. Con semejante manantial de mando, no era extraño el choque con los otros afines al *Führer*, siendo el primero a enfrentarse con el *Reichsführer*; pero aquél consiguió mantenerse firme en su puesto y aún aventajar a éste, pisándole su propio terreno, al apartarle de la corte durante varios años. Sin embargo, con quien mayor encono mantuvo fue con Goering, el mariscal del reino, no pudiendo ver éste el auge gozado, al manipular los cargos a su antojo, así como poseer el derecho a decidir las entrevistas a tener por Hitler.

Joachim von Ribbentrop, de 53 años, ministro de Asuntos Exteriores. Comerciante por naturaleza, efectuó productivos negocios de vinos al terminar la Primera Guerra, al casarse con la hija de un rico industrial. Se puso del lado de Hitler y le ayudó a encaramarse en el poder. Como estaba especializado en relaciones internacionales, desempeñó el puesto de embajador en algunas naciones, siendo de Inglaterra al darse la ocupación de Austria. Ayudó en varios tratados con los ingleses, rusos y japoneses. Finalmente, tuvo el premio de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Mas aún gozando de su destacada posición, le tenían apartado del ajetreo de las intrigas y no era tomado en consideración cuanto decía.

El general Hans Krebs, el sucesor de Guderian, como jefe de Estado Mayor del Ejército. Oficial de carrera, teniente en la Primera Guerra, hasta llegar a general de Infantería y jefe del Estado Mayor del ejército.

Albert Speer, conocido por "*el Arquitecto*". Era el más joven, al contar solamente con 40 años, y último integrado a la primera línea de importancia. Ministro de Fabricación de Armamentos y responsable de la economía de guerra alemana, demostrando su notorio valer teniendo en funcionamiento las empresas de producción, a pesar de los implacables bombardeos cebándose sobre ellos. A él se debió, mediante una extraordinaria

organización, mantener en marcha las fábricas y comunicaciones, los dos principales puntos, sin los cuales la guerra se habría desmoronado haría tiempo. Al hallarse al margen de esas ansias de mandato enloquecedor de los demás, no atraía sobre sí las iras y envidias demostradas por los restantes entre sí. Por otro lado, Hitler era por quien sentía mayores simpatías y afecto personal, al comprender que era el más intelectual de su camarilla y estar dotado de un espíritu artístico similar al suyo. Había sido el responsable de la organización *Todt*, dedicada a la construcción de obras públicas y fortificaciones. Igualmente, proyectó entre otras obras la *Cancillería del Reich*.

Este grupo fue acogido en el salón de conferencias. Alineados, Hitler les estrechó la mano. Un apretón fofo, suelto; sin fuerza, ni calor.

Después de las felicitaciones pertinentes, brindaron con champán los visitantes, mientras el anfitrión lo hacía con una infusión de manzanilla, servida por el *Obersturmbannführer* Heinz Linge, el ayuda de cámara que gozaba de toda su confianza; anteriormente había sido peón de albañil y luego seleccionado como guardaespaldas, de un metro noventa centímetros de altura y 120 kilos de peso, cuya principal misión con su jefe estribaba en despertarle diariamente a las 11 horas a.m.; abastecerle un frugal desayuno integrado de té, galletas y una manzana, y después mantenerlo abastecido con materiales de escritura y gafas para su sesión de la mañana leyendo en la cama.

Tomaron unos pastelitos de trucha asalmonada con crema de mantequilla, caviar y chocolate, condimentado por *Fräulein* Manzialy, que le había sido recomendada al *Führer* por su médico, para que le remediara las dificultades digestivas que padecía, y ella supo satisfacerle tanto con sus guisos vegetarianos que la convirtió en su cocinera particular.

Seguidamente, se procedió a celebrar la conferencia cotidiana. A pesar de la fecha tan señalada, no podían desatender los asuntos más perentorios de solventar, y pasaron a la sala especial de operaciones.

Los asistentes se comportaban alegres y optimistas. Aparte de analizar la precaria realidad militar, la causa se fundamentaba en la creencia de que el *Führer*, resistente hasta el postrer instante allí metido, aprovecharía aquel día para dar la orden de abandonar la ciudad y trasladarse a *Obersalzberg*, el "*Reducto Nacional*", instalándose en el último baluarte de defensa contra los enemigos acosándoles por los cuatro costados. Con antelación, habían sido enviados varios miembros de su casa militar a Berchtesgaden, a fin de acondicionar sus casas campestres. Así lo habían propagado

a la legión de sirvientes a su servicio en el *führerbúnker*.

El centro de las sala estaba ocupado por una enorme mesa, en la cual se veía un gran mapa, plasmado el territorio alemán en él. En torno a éste, con los países ocupados en los años 40 y 41, se colocaron todos los concurrentes.

Desde *Rjukan*, Noruega, por septentrión, en un angosto cañón en los montes *Telemark*, lugar en que tuvieron montada la mayor industria de obtención de agua pesada, llegando en los últimos tiempos a los 2.000 kilos. Al sur, los Pirineos, sin avenirse a franquearlos. En el este, el mar Caspio, los campos de Ucrania, los yacimientos petrolíferos de Hungría y el de Ploesti, en Rumanía, el más interesante, mencionando la cuenca superindustrializada de Alemania, la de Silesia, la cual, luego de los bombardeos intensivos a la región del *Ruhr*, proporcionando el sesenta por ciento del carbón a mover el transporte por agua, el ferrocarril y los altos hornos, de donde surgía el acero necesario para la elaboración de armas; terminando por el oeste en las minas y fábricas de Bélgica y el norte de Francia, los filones de níquel de Finlandia, los canales de Holanda, hasta los confines extremos, la odiada Gran Bretaña, cuya "*Operación Otaria*", de asalto, naufragó estrepitosamente, estaban simbolizados los diversos ejércitos, en banderitas de colores, tanto de los aliados, como propios, aunque las del bando adversario se veían más numerosas, acuciantes y sitiadoras, a las de la cruz gamada.

Keitel fue quien se encargó de poner en antecedentes el delicado plantel.

–En el norte –especificó, señalando con un puntero las enseñas con rayas cruzadas sobre fondo azul–, las tropas británicas, a las órdenes del general Montgomery, engrosadas por las canadienses, luego de haber franqueado el cauce del río Rhin, caminan con las miras de hacer sucumbir Hamburgo y Bremen, muy cerca del mar Báltico... –restañó–. Con esta operación, los aliados pretenden y amenazan separarnos de Dinamarca.

El Mariscal de Campo Bernard Law Montgomery, combatió en la Primera Guerra Mundial, siendo herido de gravedad en 1914. Recuperado y vuelto al frente, en 1918 fue nombrado jefe de estado mayor de la 47 División, alcanzando la graduación de teniente coronel. Al producirse la Segunda Guerra Mundial estuvo enclavado en Francia, hasta la precipitada retirada de Dunkerque. Al mando del 8º Ejército británico, en 1942 se enfrentó en África a Rommel, *el Zorro del Desierto*, en *El-Alamein*, a quien logró derrotar debido a sus dotes de cautela, seguridad y disciplina militar

en la batalla.

–No son informaciones halagüeñas a decir, por cierto –respondió el *Führer*, dando vueltas alrededor del mapa y revisando las diferentes posiciones de las tropas y Grupos de Ejército diseminados por el suelo *nazi*, sin conexión–. Ahora deseo se me ponga al tanto del resto de las posibilidades.

–Por otro lado –continuó Keitel–, el Noveno Ejército norteamericano, del general Simpson, y el Primer Ejército, del general Hodges, han adelantado sus líneas a través del *Ruhr*, el primero por el norte y el segundo por el sur, realizando su fusión en Lippstadt, dejando en el interior de su recorrido una bolsa, en la cual fue encerrado nuestro grupo "*B*" de Ejércitos del *feldmariscal* Model, integrado por el Quinto y el Décimoquinto de *panzers*, 21 divisiones. Hace dos días se rindieron, y 325.000 hombres han sido hechos prisioneros.

–*Scheische!* ¡Maldita sea! –profirió Hitler, crispados los nervios–. ¿Cómo es posible tal ineptitud en nuestros jefes militares?

Nadie respondió.

–¿Qué se sabe del *feldmariscal* Model?

–Según las últimas noticias captadas, Model ha preferido el suicidio, al campo de concentración y cautiverio, como supone el caer en manos enemigas.

–¡Bravo! ¡Bien hecho! –aprobó el *Führer*–. Al menos, escogió un meritorio final para un militar vencido: la muerte.

–Con esta victoria aliada –expuso Jodl, interviniendo también en el mapa con la distribución de las tropas–, se ha abierto una brecha de unos 300 kilómetros aproximadamente, por ahí entrarán cuantas divisiones quieran, con vía expedita hasta el Elba, sin fuerzas posibles a oponérseles... No hay ninguna unidad para enfrentárseles.

–¿Qué tropas tenemos allí en aptitud de poder contenerles? ¿Quién está responsabilizado de esa zona?

–Corresponde al general Wenck.

Hitler se quedó pensativo. Contrito. Quizás fueran demasiados golpes seguidos, para poderlos soportar con estoicismo.

–Con arreglo a tales perspectivas –habló ahora Doenitz–, sólo una delgada franja de terreno separa a los americanos, desde el Elba, de los rusos, también en el Oder. Ambos avanzan rectos hacia Berlín.

–¿Cuáles creen ustedes que serán los próximos planes del general Eisenhower? –preguntó el *Führer*–. ¿Venir solos hasta aquí, o aguardar a sus socios, para reforzar la columna?

–Según tengo entendido –expuso Himmler, jefe de contraespionaje, en sustitución de Canaris, al que, de paso, aniquiló, siempre intrigante, con su voz chillona, desagradable, y notable miopía, remediada con unas lentes redondas, que en conjunto le daban un aspecto paupérrimo y ridículo, pero temible para quienes le conocían, en especial a sus enemigos y hasta a sus mismos correligionarios–, hay marcadas divergencias entre ellos mismos. ¿La causa? La parte inglesa desea que los americanos corran hacia Berlín, para juntarse con los rusos, bien en Magdeburgo o Dresde, cortando a Alemania en dos, norte y sur; esto, por supuesto, nos perjudicará más. De esa forma, se convertirán en unas garras implacables, intentando apretarnos hasta estrangularnos.

–Por otro frente –intervino Keitel–, tenemos a los soviéticos. A principio de año y por dos puntos, el general Koniev, que inició la escalada desde el Vístula, a la altura de Baranoz, y el general Zhukov, cruzando el río por arriba, se han situado a menos de 300 kilómetros de Berlín. Varsovia sucumbió a los pocos días, y de inmediato dominaron buena parte de la Prusia oriental. En el mismo mes, las dos Prusias quedaron aisladas del estado alemán. Después, han ocupado casi 400 kilómetros en cosa de un mes. No es eso, precisamente, lo peor, sino que atacaron la región de la Silesia y se apoderaron de ella, privándonos del preciado tesoro del carbón. Así, nuestros efectivos se han visto reducidos a menos de la mitad.

–También –añadió Jodl–, los soviéticos; con Viena conquistada hace una semana, han comenzado a remontar el Danubio. El Tercer Ejército norteamericano desciende por el mismo río, con la intención de congregarse los dos grupos en Linz.

Hitler, al escuchar el nombre, sintió contraérsele los músculos, desde el rostro hasta los puños. Linz, en Austria, era considerada por él su ciudad natal, aunque donde vino al mundo fue en un pequeño pueblo a orillas del río Inn, en la frontera entre Baviera y Austria, el 20 de abril de 1889, hijo de Alois Chickggruber, pero cambiándose el apellido por el de Hitler, y Klara Polzl. Aquélla era la ciudad donde él se había criado; para ella tuvo siempre los más grandes sueños de engrandecerla y convertirla en una urbe modelo, única. Cuando la conflagración finalizase, tenía intención de retirarse a vivir plácidamente en una de sus casas, olvidar el uniforme y transformarse en una persona normal y corriente, apartado y distante de la vida política, confiando en pasar rápidamente al anonimato, a ser borrado su nombre de la memoria de todos, sólo acompañado por *Fräulein* Eva Braun y la fiel "*Blondi*". Levantaría allí un enorme museo de arte y un suntuoso

teatro de la ópera, echando por tierra la fama de Viena, la ciudad que le había rechazado a él en su juventud, impidiéndole pasar a integrarse en su clase selecta, con sus artistas...

Se repuso y volvió al momento, prestando oídos a cuanto entonces explicaba Keitel, que, como era natural, se trataba de nuevas desventuras.

–En Italia –decía–, los hombres del mariscal Alexander han dominado Bolonia, se desplazan por el valle del Po.

Otras novedades nefastas se referían a Nürenberg, con sus colosales estadios, donde habían celebrado los grandes mítines y desfiles, al marcial paso de la oca, a la cual se esperaba elevar a capital del *Reich*, estaba sitiada. Una fracción del Séptimo Ejército USA cruzó como un alud junto a ella, para incidir sobre Munich, cuna del movimiento *nazi*. En el mismo Berlín se oía cercano el fragor de la artillería pesada bolchevique, con sus "*órganos de Stalin*", causando inconmensurable pavor a los alemanes.

Los *Katiuskas*, conocidos así por estar marcados con la "*K*" de la fábrica donde eran producidos "*Vorónezh Komintern* ", y se adoptó ese nombre a una canción de guerra rusa "*Katiuska*", que disertaba sobre una joven, *Katya*, que recordaba a su novio ausente por haber partido a la guerra, eran unos aparatos de una simpleza total, pues en un camión estaban montados unos tubos, que iban sobre unas rampas; en ellas se colocaban hasta dieciséis cohetes de alto calibre, autopropulsados, con un alcance de cerca de diez mil metros, y expulsado con un simple pulsador eléctrico desde una cabina protegida. Aunque de baja precisión, eran fáciles de producir y de rápida movilidad, por lo que no se le podía contraatacar. Sus operantes se trataban de soldados especializados y tenían las consignas tajantes de que bajo ningún concepto debían caer las armas en poder del enemigo. También se les conocía como "*órganos de Stalin*", por el sonido sibilante que reportaban.

–El bloque soviético, en rededor de Berlín, no tardará en cerrarse, como los brazos de unas gigantescas tenazas ahogándonos, hasta terminar por destruirnos completamente –habló el mariscal del *Reich*, el obeso Hermann Goering, frotándose contra la manga de la guerrera la piedra preciosa de la sortija de su última adquisición y contemplándola con ojos de avaricia–. Por ello, es imprescindible, *herr Führer*, abandonar la ciudad antes de que nos taponen el último camino para poder huir.

–Sería conveniente no perder más tiempo y marcharnos hacia el sur, a *Obersalzberg*. Prolongaremos desde ese lugar las operaciones –propuso el *Reichsführer* Heinrich Himmler, sin disimular sus claros anhelos de esca-

par de aquel funesto agujero lo antes posible.

–*Der treue Heinrich*, no se ha de temer a los rusos –intentó Hitler infundir valor en los ánimos pusilánimes de sus escuchas.

–¿Por qué? –inquirió Himmler, bizcando todavía más sus ojos–. ¿Quién los irá a contener?

–¿No se percatan ustedes de la realidad? Los bolcheviques sufrirán ante las lindes de nuestra capital el mayor revés padecido en su historia. Ante semejante ridículo, se volverán veloces hasta perderse tras de sus fronteras. No olviden, al ejército rojo le hemos tenido dominado, deshecho y derrotado; únicamente nos faltó haber sido un poco más incisivos, para haberlos dejado fuera de combate.

Interiormente, aquellos hombres no se inclinaban muy de acuerdo con tales razonamientos, aunque nada adujeron al respecto.

–Si bien la lucha ha de seguir –alegó Keitel–. Para dirigirla, deberá ser desde un lugar a salvo de cualquier amenaza. Ha de decidir evacuar cuanto antes esto, saliendo hacia allá. Aquí está expuesto al peligro de tal modo, que se verá en la imposibilidad de poder accionar, ni librarse del asedio, ni nosotros socorrerle y rescatarle. Comprenda, es usted quien nos guía con las directrices remarcadas por el nacionalsocialismo. Si nos faltara, todo se iría al traste.

–Por ahora, pretendo coordinar las maniobras desde este centro neurálgico –dijo el *Führer*, con la vista fija en el retrato de Federico el Grande presidiendo la reunión, en su puesto en la pared, y acento grave–. Al fin y al cabo, es el corazón de Alemania. Por tanto, no estoy conforme en acceder a semejante sugerencia. Prefiero sea la Providencia la determinante. Siempre ha sido así. Cuando estoy en dudas con algún asunto escabroso, dejo sea ella la encargada de aconsejarme... y lo hace correctamente.

–También subsiste el inconveniente de si el territorio es fragmentado en dos. Entonces, ¿cómo se podrían encauzar desde este punto las maniobras?

–Si de esa forma sucediere, se establecerán dos grupos autónomos entre sí. Cada cual con un jefe, actuando con independencia, por su cuenta.

Paseó a lo largo de la reducida sala de conferencias, entre los mandatarios de la nación de las tres armas: *Marina*, *Wehrmacht* y *Luftwaffe*, además de las *Waffen SS*.

–En el sector norte, será nombrado comandante en ejercicio el almirante Doenitz.

Todos aprobaron con la cabeza, a excepción del interesado, sorpren-

dido. Como el dictador no decía más, Goebbels inquirió:

–¿Y en el sur?

–Con relación al sur, no me he decidido por ninguno...

–Eso se ahorraría si usted fuese hacia el reducto bávaro, para proseguir el lance desde allí –le aconsejaron.

–Aún no he resuelto qué haré, si saltar a *Obersalzberg*, o aguantar en Berlín, sin dejar el *führerbúnker*, hasta la conclusión de la contienda.

–Mi *Führer* –insistió Goering, sudando por los poros de su inmenso corpachón, viendo peligrar con la determinación de su jefe supremo cuanto logró a lo largo de su vida e incluso esta misma–, ¿cómo vais a quedaros en Berlín, que es una ciudad no preparada para una defensa eficaz?

Seguidamente, Hitler se dirigió al *Gauleiter* de Berlín, Joseph Goebbels, y le solicitó:

–Aclárenos como se encuentra Berlín en este aspecto.

–Berlín está dotada de unas defensas anticarro y otras similares preparadas en los barrios periféricos –refirió el aludido, carraspeando primeramente y aclarándose la garganta–. La ciudad ha sido distribuida en ocho zonas de defensa en forma de cuña, con un vértice convergiendo en el centro, y cuatro círculos concéntricos de barricadas. El más amplio está en las afueras; el "*círculo verde*" en los barrios extremos, a lo largo de las líneas del tranvía, y el de la ciudadela, el núcleo, en la zona residencial del Gobierno.

–¿Ven ustedes como estoy yo en lo cierto?

–No estamos de acuerdo con lo dicho por el doctor Goebbels –se opuso von Ribbentrop–. Berlín es, precisamente, todo lo contrario, y aquí nunca ha existido un frente de defensa coordinado, como tampoco un servicio de información eficaz.

–Se vuelven a equivocar ustedes, esta ciudad es defendida por 45.000 hombres de la 56ª *Panzerkops de Weidling*, con sus unidades de apoyo, 40.000 de la *Volkssturm*, y algo más de 40.000 de las Juventudes Hitlerianas.

El general Helmuth Otto Weidling, además de los cargos actuales, había participado en la penetración en Polonia, en la invasión de Francia y en la *Operación Barbarroja* contra la Unión Soviética. Sin embargo, cuando comenzó el asedio de la capital, Hitler le condenó a muerte, al haber recibido una información falsa sobre él, que luego subsanó nombrándole Comandante en jefe de la defensa.

–¿Serán suficientes?

–Lo serán.

–¿Para defender también la Cancillería?

–Sabrán ustedes –aclaró el *Führer*– que la defensa de la Cancillería está a cargo del *Brigadeführer* Wilhelm Mohnke, con mil hombres de la *Panzerdivisión "Hilderjugend"* de las *Waffen SS*, que están bajo mi mando directo, y decididos a luchar hasta el final.

Los otros estaban nerviosos, intranquilos. Hitler todavía no había pronunciado la última palabra. Si él optaba por permanecer en Berlín, los demás se verían forzados a aguantar a su lado, a correr su misma suerte... a perecer. Aunque el amor por la nación y su *Führer* era inmenso, mayor era el cariño por la libertad, la vida... por cuanto ello representaba. Ahí estarían abocados a una ruina y perdición segura.

–Como no tengo determinado qué haré…

Todos contuvieron la respiración, atentos al desenlace de la frase… La espera se prolongó durante un tiempo interminable y agónico, hasta que oyeron decir:

–…Me quedaré en Berlín por el momento.

El que más y el que menos se derrumbó sobre el asiento que tenía a su espalda. Con tal dictamen, se podían conceptuar perdidos.

Mas Hitler, que al parecer se encontraba aquel día de excelente humor, añadió seguidamente:

–No obstante, no retendré a nadie conmigo, si no desea estar...

Los pechos de los oyentes se inflaron. Algunos comenzaron a revivir de nuevo.

–Quien lo elija, podrá salir de este recinto e ir a refugiarse en otra comarca, poniéndose a salvo.

Volvieron a sentirse aliviados, en especial los altos jefes, que se apresuraron a concretar la marcha, sin pérdida de tiempo, para desplegarse hacia *Obersalzberg*, bien en automóviles o aviones. Con la autorización para poder ausentarse de aquella ratonera, donde se respiraba un aire enrarecido e impuro, con la amenaza implacable de asfixiarles de un momento a otro. En seguida se constituyó una interminable caravana de coches y camiones, organizándose la evasión general. Nada más fueron retenidos en el *búnker* los imprescindibles.

Hitler se recluyó con el ministro de Fabricación de Armamento del *Reich*, Albert Speer, en presencia de Martin Bormann, diciéndole categóricamente:

–Siéntese. He querido que se quedara para encomendarle una delica-

da misión, que será de gran eficacia para los planes que pensamos llevar a cabo... –se interrumpió durante unos instantes, y aún se levantó de su silla, dando unos pasos por la estancia, antes de continuar–: Quiero sea realizada por usted la misión encomendada de "*tierra quemada*". Se ha de destruir todo: minas, industrias, yacimientos siderúrgicos, así como los pozos petrolíferos. Nada ha de quedar sin arrasar y tan llano como la palma de la mano. Si perdemos la guerra, los demás habrán de perecer con nosotros. Por tal, no es preciso que subsista algo en pie; usted me responde con su propia vida de cumplir esta orden. ¿Entendido?

–Entendido, mi *Führer*.

Hitler todavía recordaba las palabras pronunciadas en 1934:

"Si no hemos de vencer y conquistar lo ansiado, conduciremos a la hecatombe a medio mundo; desde luego, no habrá nadie para poder gobernar sobre Alemania. Si acaso nosotros no triunfamos, dejaremos solamente ruinas. No volverá a ocurrir lo de 1918. Ahora no nos rendiremos, pelearemos mientras haya un solo alemán para sostener un arma en las manos".

Hermann Goering se apresuró a separarse fríamente de la corte. Mas no por eso dejó de desmantelar al completo su lujosa villa de *Karinhall*, situada junto al lago Grosser, cargando cuanto en ella poseía en un largo convoy de camiones, en dirección hacia el sur, a *Obersalzberg*, donde se daría la siguiente baza de la lucha, convencido de no haber más por hacer en la capital, que pronto pasaría a manos soviéticas, y lo que quedó fue destruido para que no cayera en poderes extraños. En sustitución suya, cedió la labor a dos de los oficiales principales en contacto con el *Führer*: el general Christian, Jefe de Operaciones, y el general Koller, jefe de Estado Mayor.

Himmler, por su parte, también se esfumó precipitadamente, encomendando como delegado suyo a Hermann Fegelein, el cuñado de Eva Braun. Le habría gustado permanecer al lado de su jefe y amigo, pero sufría claustrofobia y allí estaba a punto de desmoronarse. Al marchar, notó ser despedido con indiferencia y menosprecio. En aquellos momentos, se enjuició un ser vil, pequeño y despreciable, huyendo del único y verdadero compañero tenido en la vida.

Doenitz, sin querer salir de Berlín, en cambio, fue instado inexcusablemente por el *Führer* a ello. Se habría de poner al mando de la sección norte, en el caso de producirse la segmentación de Alemania. Legó sus poderes, como oficial de enlace, al almirante Voss.

Hans-Erich Voss, almirante alemán, Vicepresidente. Nació en Angermünde, Brandemburgo, y se graduó en la Academia Naval Alemán en 1917. A través de la *República de Weimar*, sirvió en la Armada alemana. Siendo en 1942 comandante del crucero *Prinz Eugen*, conoció a Joseph Goebbels, el Ministro de Propaganda del *Reich*, al acompañar éste a un grupo de periodistas en una visita a la nave. De este encuentro, Goebbels determinó que Voss fuera nombrado Oficial de Enlace en la sede de Hitler, en marzo de 1943. También estuvo presente durante el atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, en la sala de conferencias de Hitler en Rastenburg Sede *Wolfsschanze* (**La Guarida del Lobo**) como representante de la Kriegsmarine. A pesar de ser alcanzado y herido por la explosión de la bomba, se recuperó rápidamente.

Cuando finalizó una jornada tan variada y agotadora, Hitler se hallaba bastante cansado y apenas podía sostenerse en vertical; sin embargo, había de llevar su cometido adelante, infatigable.

Llamó a su ayuda de cámara, Heinz Linge, y le ordenó:

–Que venga inmediatamente el doctor Morell a verme.

El doctor Theodore Morell, hombre viejo y obeso, pues procedía de 1886, era su médico de trato directo, desde que le fue presentado por Heinrich Hoffman y Eva Braun en una fiesta que se dio en el *Berghof*, y curó a Hitler de unas dolencias y malestares que sentía.

A partir de ahí, siguió tratándole con ciertas fórmulas que únicamente el doctor utilizaba y estaban en contra con otros colegas, por tratarse a base de drogas, inyecciones y píldoras, considerándose algunos de los componentes tóxicos, aunque él asegurara que sus métodos eran exclusivamente a base de vitaminas e ingredientes naturales. El mismo Goering le denominaba "*el Canciller Aguja*", por su tendencia a las inyecciones para sanar cualquier mal o dolencia.

Linge sabía donde localizarle en aquel angosto reducto, y no tardó más de cinco minutos en acudir el requerido. No hacía falta le comunicara su paciente nada; el otro venía preparado, y sin mediar palabra le entregó un par de píldoras. Adolf Hitler se las echó a la boca, sin mirarlas. Asió el vaso de agua ofrecido y bebió un buen trago.

A causa de la vida tan ajetreada, se veía obligado cada vez con más intensidad a resistir a base de componentes artificiales, o sea: drogas. El doctor Morell era un maestro en suministrarle y tenerle bien abastecido de ellas a las veinticuatro horas del día. Una de las principales que le surtía era un preparado de testosterona, una hormona sexual de acción andrógena de

semen y glándulas de la próstata de toros jóvenes.

Desde la estancia perenne en el *führerbúnker*, debido a la reclusión en aquel agujero, sin apenas salir al exterior, había intensificado la dosis de todas ellas.

II

SÁBADO, 21 DE ABRIL DE 1945.

El día 21 continuaba el éxodo de la capital, con el desmontaje y desalojamiento de los diferentes ministerios. El personal empleado en ellos lo estaban deseando; allí, en Berlín, era inaguantable prolongar una situación tan intolerable por más tiempo, previendo el dramático final desplomárseles encima. La totalidad de fuerzas enemigas convergían en aquel punto, en la codicia por engullir la ciudad, aplastarla; y en cuanto la Sede principal cayera en manos aliadas, el famoso imperio *nazi*, el *Tercer Reich*, el ideado a durar mil años, sería reducido a cenizas.

La ciudad de Berlín seguía siendo machacada tesoneramente, con las tropas rusas de los generales Zhúkov y Koniev en los aledaños.

Georgi Konstantinovich Zhúkov procedía de familia campesina, mas a él le seducía el ejército y por eso ingresó en la Academia de oficiales de caballería. Durante la Primera Guerra estuvo luchando como soldado, demostrando tal valor en las batallas que fue condecorado con la Cruz de San Jorge. Luego intervino en la revolución, la Guerra Civil Rusa, donde también recibió la Orden de la Bandera Roja. Fue ascendiendo, hasta alcanzar la comandancia de una brigada, optando él por la equipación blindada de las tropas. Contra los japoneses, dirigiendo el Primer Grupo Soviético Mongol, los combatió en la frontera de Mongolia y Manchukuo, derrotándoles por su pericia, por lo cual se le otorgó el título de Héroe de la Unión Soviética. En desacuerdo con Stalin, al criticarle, fue destituido del mando, y trasladado a la zona de Leningrado; aquí organizó la defensa de la ciudad ante la ofensiva *nazi* y pudo contener su avance, e incluso les hizo retroceder en el progreso hacia Moscú. Ascendido a Comandante en jefe, fue enviado a la defensa de Stalingrado, capturando al 6º Ejército Alemán, con el resultado, además, de cerca de un millón de muertos de éstos. Finalmente, dirigía el asalto definitivo contra los alemanes en su capital, Berlin.

Por su parte, el otro general, Iván Stepánovich Koniev fue leñador antes de entrar en las milicias y afiliarse al Partido Bolchevique, actuó en el Ejército Rojo como artillero. Durante la guerra civil rusa sirvió a las

órdenes del comisario de defensa Kliment Voroshilov, que al ser adicto a Stalin contribuyó mucho en la carrera militar de Koniev. Desde pasar por la *Academia Militar Frunze*, donde fue ascendiendo incesantemente, hasta llegar a ser diputado del Soviet Supremo y miembro del Comité Central del Partido. Por su papel en la batalla de Moscú contra las tropas de Hitler, le promovieron a Coronel General; comandó varios grupos de ejército y se destacó en la batalla de *Kursk*, logrando acorralar y destruir a las fuerzas del general Von Manstein. A partir de ahí, el empuje contra los adversarios resultó constante, evacuándolos hacia Rumanía, y obteniendo el grado de Mariscal. Seguidamente, prosiguió su avance arrollador a través de Polonia y Checoslovaquia, y en Eslovaquia los partisanos ayudaron a la expulsión de los germanos del país. En enero de 1945, Koniev situó al ejército ruso a 60 kilómetros de Berlín.

A pesar de tan tremendos contratiempos, el espíritu de acero de Hitler no se daba por vencido; se mantenía inflexible, pétreo y rígido, al frente del tinglado. Él permanecía confiando en que todavía llegarían a conseguir esas armas invencibles con las que Goebbels no cesaba de repetirle y le tenía entusiasmado.

–No estamos aún tan derrotados y perdidos como los enemigos quieren dar a entender –manifestó, desde la sala de operaciones, a la vista de los mapas y banderitas de diversos colores, indicativos de los bandos beligerantes–. Contamos con el Noveno Ejército, con el de Heinrici, al norte de Berlín; Wenck se encuentra combatiendo a orillas del Elba; el *feldmariscal* Schoerner también está en los montes de Bohemia y el *Obergruppenführer* Steiner en las afueras de Berlín, sin mencionar el *Volkssturm* y las Juventudes Hitlerianas...

Si las *Juventudes Hitlerianas* estaban integradas únicamente por adolescentes, el *Volkssturm* era la agrupación de ataque concebida por Goebbels para la defensa de Berlín contra la ofensiva rusa del este, o las fuerzas británicas y estadounidenses por el oeste, y la componían hombres tanto de quince como de sesenta años.

A Gotthard Heinrici se le consideraba uno de los mejores defensores tácticos de la *Wehrmacht*, y tuvo descollante intervención en numerosas batallas que se produjeron en los diversos frentes en que actuaron las tropas alemanas. A pesar de ser tan destacado estratega, no era bien visto por algunos de los más altos rangos de la jerarquía, en especial por Hermann Goering, debido a sus tendencias religiosas, no haberse querido adscribir al partido *nazi*, y estar claramente al lado de Speer en contra de la determina-

ción de "*tierra quemada*", en caso de derrota.

Luego de dar el jefe principal varios pasos por la estancia, se detuvo nuevamente ante los mapas y los fue comprobando con detenimiento; por último, pareció dar con la solución a la difícil situación, porque anunció con total convicción:

–Ha de transmitirse una comunicación al *Obergruppenführer* Steiner, ordenándosele una seria contraofensiva, en la cual habrán de participar tantos soldados aptos como haya en la actualidad en Berlín; además, con reforzamiento de los tanques y aviones en condiciones de funcionar.

Felix Steiner era el jefe de la *5ª Panzergrenadier Division Wiking*, uno de los Regimientos con mejores resultados de las *Waffen SS*, compuesto por voluntarios procedentes de los países cercanos a la misma Alemania. Su lema principal se cifraba en un duro y severo entrenamiento militar, pues con ello se conseguía salvar muchas vidas. Finalmente y a pesar de hallarse en una manifiesta inferioridad con respecto al ejército ruso, no dejó de efectuar numerosos contraataques contra ellos, que estaban dirigidos por el general Zhúkov, mas no pudo mantener el frente y vióse obligado a retroceder a través del río Oder.

Los asistentes a la reunión se miraron de soslayo, incrédulos por lo que oían de boca de su *Führer*. Era evidente que Steiner carecía de hombres con los que llevar a cabo las más simples de las maniobras, e incluso tenía enormes dificultades para cubrir a duras penas el flanco sur del tercer ejército *Panzer*, con los escasos hombres que había conseguido reunir en *Südmecklenburg*, acatando las órdenes recibidas de Heinrici, y lo mismo sucedía con Wenck.

A continuación recalcó la disposición anterior con otras palabras más categóricas y tajantes:

–Hágase saber a los oficiales y jefes de ejército la prohibición de retener a algunos de los hombres, así como los equipos de tierra de la *Luftwaffe*, y quien no lo cumpla, pagar con su cabeza. Usted –le sugirió al general Koller, amenazándole severamente con el tembloroso brazo derecho extendido–, se hace responsable principal de ser esto ejecutado y se utilicen al máximo los efectivos. Si no hay suficientes fuerzas con ésas, se movilicen de otros sectores, a fin de engrosar el número y conseguir fines positivos.

El general Koller asintió con la cabeza, muy afectado. Se cuadró, en posición de firme, y propinó un par de sonoros taconazos, en unión del pronunciamiento de las palabras:

–*Ja Wohl!* A la orden, *herr Führer*.

Al mismo tiempo, elevó el brazo derecho hacia adelante.

–Las principales causas del mal que nos atañe están en las constantes frustraciones padecidas por la *Luftwaffe*, al no saber nunca corresponder a la confianza depositada en ella. El fracaso ha residido en estar formada por hombres tan inútiles, cobardes e incompetentes como usted.

Con un ademán despectivo, le concedió la autorización para salir de la sala y desaparecer de su vista. Cuando Koller se separó de Hitler, cambió radical su actitud. El aplomo y serenidad se desmoronaron. Se mostró nervioso e inquieto, retorciéndose las manos. Para descargarse de preocupaciones, comentó su desesperación al general Christian, que aguardaba en el pasillo.

–Es imposible ejecutar los designios de este hombre. No sé qué llegar a pensar.

–Nuestro *Führer* se halla en este lugar enclaustrado desde hace mucho tiempo, y se ve influenciado por ello.

–Una cosa es dictar órdenes claras y concretas; otra muy dispar es la triste realidad. Porque... ¿dónde están los batallones que se entretiene en trasladar de un sitio a otro en el mapa?

Christian se encogió de hombros.

–No sé –repuso–. No entiendo nada en absoluto de cuanto acontece, ni cual es el fin a obtener. Por tanto, he decidido dejarme arrastrar por los acontecimientos, sin tratar de buscarles explicación, y, lo más importante, sin pedirlas. No me pregunte por donde deambulan esos batallones; no tengo la menor idea.

Koller se encrespó, ante la impasibilidad de su colega.

–Porque no están en ningún lado –gritó–. Son imaginarios. Inexistentes. Creados solamente en su mente enferma.

–Lo sabemos cuantos estamos junto a él; pero... ¿quién se atreverá a comunicárselo? Yo, no, por supuesto.

–Ni yo tampoco, sin duda. Aunque sería conveniente hacerle ver la obligación de partir de este lugar y encaminarse hacia *Berchtesgaden*.

–Habríamos de imbuirle en su cerebro perturbado que quedarse en Berlín es perjudicial; aquí se puede dar el asunto por consumado. No existen hombres suficientes para combatir y tener cubierta la superficie de terreno a nuestro alrededor. Si se distraen tropas de otros enclaves vitales, será lamentablemente peor. Se dejarán desangeladas zonas cruciales, tan importantes de defender y sostener, por no decir más, que la capital.

En la siguiente conferencia celebrada aquel mismo día, le insinuaron:

–Según nuestro punto de vista, *herr* Hitler, sería de verdadera necesidad retirarse de esta ciudad; proseguir la lucha en el "*Reducto Nacional*", donde difícilmente nos derrotarán.

–Eso no es aconsejable –interceptó Goebbels–. Nuestro *Führer* jamás deberá salir de Berlín… Si se ha de llegar a la situación extrema, en este sitio habrá de ser.

–La moral del soldado alemán se ve deteriorada, al írsele aumentando tantos reveses.

–El soldado alemán –proclamó él, enfurecido, entrando en la conversación y callando a los otros– posee una fortaleza comprobada; su disciplina es a prueba de estas iniquidades a las cuales se les pretende someter. Está preparado y capaz a seguir hasta el final, con la misma ilusión e idéntica fe a como comenzó la campaña, cuando saboreó las mieles de los primeros triunfos.

–Existen, igualmente, los dos millones de berlineses...

–¡Bah! ¡Bah! –rechazó el *Gauleiter* de Berlín, con ironía en el acento–. ¿Qué le sucede a la población civil?

–De esa manera, soportará los horrores de una cruenta y despiadada batalla. Muchos morirán; pagarán las consecuencias, al ser convertido Berlín en un objetivo primordial para ser masacrado. A eso se ha de añadir que habrá quienes, con tal de salvar la vida, opten por traicionarnos y pasarse al enemigo.

–*Nein! Nein!* ¡Jamás! ¡Eso jamás! –estalló el *Führer*, congestionándose y rojo de ira–. Las pérdidas humanas no son nunca demasiado elevadas; son la simiente de la futura grandeza. No toleraré a uno solo de los habitantes de esta ciudad que tenga esa debilidad y cometa semejante felonía... En el caso de que uno, una casa, o una barriada completa intente entablar conexión con el adversario, tengan por seguro, antes les haré saltar en mil pedazos.

Sus nervios se exasperaban con facilidad, a medida de ir adentrándose en la cuestión.

–Es de suponer que con este contraataque –agregó–, la ciudad se despejará del asedio, obteniendo un mayor margen y amplitud de acción. ¿Entienden ustedes?

Paseaba a lo largo del cuarto de conferencias, por entre los bancos y sillas donde se aposentaban los generales. Un mobiliario rústico e inadecuado para los dirigentes de la nación germana, acostumbrados a hundirse

en mullidos sillones de espaciosos salones de operaciones, comparándolo con aquella incomodidad a que les sujetaba la estrechez del *búnker*.

–Naturalmente –se extendió, con gran vehemencia en la voz–, esto nada más es un compás de espera de algo que desde el principio de la hostilidad bélica estoy aguardando se materialice. Algo ambicionado con verdadero frenesí, sin lo cual no me habría comprometido a emprender nada, ni remolcar conmigo a una población a la destrucción, la perdición...

Los asistentes a la reunión se removían intranquilos en sus asientos. Cuando el *Führer* empezaba disertar de ese modo, en seguida pasaba a desvariar, con sus locas quimeras y sueños de oro irrealizables.

–Las llamadas "*armas milagrosas*", tarde o temprano nos terminarán dando la victoria. No hay vuelta de hoja, saldrán a la luz y nos proporcionarán la partida definitiva. Si hasta el día de hoy no ha sucedido así, fue porque las surgidas no resultaron lo suficientemente importantes y decisivas.

Los generales se miraron. Ellos no confiaban en esas "*armas milagrosas*", mencionadas sin parar por el dirigente *nazi*, por más que serían el auténtico revulsivo del asunto. Pero aunque se lograsen era demasiado tarde, y ninguna clase de ingenio, por muy radical y potente, lo creían idóneo de dar un vuelco completo, un giro de 180 grados a los acontecimientos y cambiar los hechos del revés. Tenían conocimiento de que los sabios trataban de encontrar el secreto de varias materias, la solución tan anhelada, que, según decían los optimistas, estaba a una mínima distancia de gestarse.

Antes de ausentarse Speer del *führerbúnker*, se reunió con Goebbels.

–En vista de la persistencia por aguantar en Berlín –dijo–, demando encarecidamente una cosa: no den motivo a la destrucción de la ciudad más de lo que está.

–No entiendo –repuso Goebbels, sin alcanzar a comprender donde pretendía llegar aquél–. ¿A qué se refiere? No creo sea posible mayor devastación.

–Sí. La hay. Pueden haber desaparecido los edificios y no subsistir casa en pie; pero hay algo más. Restan los puentes, las calles, los lagos. Por esto, le pido interceda ante el *Führer* y logre de la *Volkssturm*, las fuerzas defensoras de Berlín, lo hagan en el anillo exterior. ¡Prométamelo! ¡Prométamelo! Es de suma importancia.

–Bien, bien. Se lo prometo, mas no creo sea de excesiva trascendencia.

La vida de Hitler en el *búnker* era harto complicada. En cuanto los ataques aéreos se iniciaban sobre Berlín, al comenzar la mañana, se levantaba de la cama; le espantaba poder morir acostado. Se enzarzaba en largas conferencias, y a éstas se sumaban otras por la tarde. Servían la cena entre las 9 y las 10 p.m., alargándose la velada hasta altas horas de la madrugada; no quería estar solo cuando se originaban los "*raids*" nocturnos. A continuación, mantenía sesiones con sus secretarias *Frau* Traudl Junge y *Frau* Gerda Christian (Mara, como la denominaba él), dándoles las órdenes para su cumplimiento. Al ser la jornada tan extenuante, veíase precisado a sentarse en el sofá, yéndose a dormir sobre las ocho de la mañana, Cuando se levantaba, comía chocolate y dulces, preparados por la cocinera *Fräulein* Manzialy, Le gustaban los pasteles de crema; apenas comía y nunca carne, comentando a este particular que en el futuro el hombre sería vegetariano, En su rigurosa dieta, tampoco tomaba alcohol, café o té, y no fumaba. Aún así y todo, padecía del estómago y por las noches tenía insomnios, que había de remediar con las pócimas del doctor Morell.

Gertraud (Traudl) Humps era la secretaria más joven del equipo del *Führer*; había nacido en 1920 y a pesar de ello ya era viuda, al casarse en 1943 con el oficial de las *Waffen SS* Hans Herman Junge, el cual cayó en combate. Traudl Junge estaba fascinada por su jefe, y le acompañó a todos los lados donde se desplazó, tanto en el *Berghof*, *Berchtesgaden* o en el *führerbúnker*, y dispuesta a seguirle y continuar a su vera hasta lo último.

La segunda secretaria, Gerda Christian, era unos años mayor que Traudl, de soltera, su apellido era Daranowski, tomando el de Christian al casarse con el oficial de la *Luftwaffe*, Eckhard Christian en febrero de 1943.

Para variar un poco, y sólo cuando en los raros momentos, si las circunstancias se lo toleraban, o bien sus constantes ocupaciones se lo dispensaban, o las acometidas enemigas le dejaban, aprovechaba durante unos minutos para pasear por el jardín destrozado de la Cancillería y salía a respirar el aire de fuera, acompañado de su fiel perra alsaciana "*Blondi*" y los cachorros recientemente tenidos, pues sentía un pánico atroz a permanecer en el interior y quedar sepultado en algunos de los ataques aéreos.

Ese ejercicio le servía para desentumecer los músculos y piernas, renovar sus pulmones con el aire libre, tan contrario al viciado del interior, antes de descender nuevamente cuando sonaba las sirenas de alarma de un ataque aéreo a aquel recinto que vibraba a cada estampido de las bombas y le hacían palidecer de miedo, pero que no le libraban para enfrascarse con

los problemas, cada vez mayores y más embrollados, del siguiente día.

Aquella vez, todo se trastocó un poco; desde las instrucciones dadas a Steiner, Estuvo pegado al teléfono, en espera de las noticias de haberse realizado el ataque. No obstante y al parecer, era muy precipitado todavía, para moverse, actuar la maquinaria bélica y conocerse las consecuencias.

III

DOMINGO, 22 DE ABRIL DE 1945.

La actividad del *Führer* en casos extremos era insuperable; no había quien le ganase en ello. Podía decirse que en la noche entera no pegó un ojo. La causa estaba en el plan de ataque prescrito al general Steiner; desde el inicio de la mañana estuvo pendiente al pie del teléfono, emitiendo y recibiendo constantemente llamadas.

–Aquí –salió una voz de la distancia, a través del cable–, al habla el *Reichsführer* Himmler.

–Diga, *der treue Heinrich* –pronunció Hitler.

–He de manifestar acerca de la operación Steiner –anunció Himmler, promoviendo el interés del receptor–. Mis enlaces han confirmado haberse desarrollado la operación según el programa previsto.

Hitler pareció respirar más tranquilo. De hacerse las cosas como él planificó, suponía una variación en la situación de los últimos días. Se haría retroceder a la soldadesca roja, y se la contendría a raya hasta el momento decisivo de dar la vuelta total a la gestión, recuperar el terreno perdido en los últimos tiempos, en parte por unos fracasos inconcebibles y en otras por no saber comprender, ni ejecutar, unos mandos las consignas propaladas por él con tanta precisión. A su pesar, la primicia no era lo suficiente verosímil como para darla por cierta, y aguardó la confirmación con nuevos mensajes.

Todo era en vano. Por ningún lado florecía otra comunicación reveladora, atestiguando qué ocurría en verdad. Después de muchas tentativas hechas por los hombres de la central, lograron enlazar con un portavoz de la *Luftwaffe*, que expuso escuetamente:

–El contraataque Steiner no se ha llegado a realizar. Repito, no se ha llegado a realizar.

El semblante del dictador se trocó más lívido de lo que estaba.

–¿Qué dice? ¿Cómo es eso? –inquirió, cogiendo con su propia mano el audífono.

–Repito –volvió a declarar el desconocido–: el ataque Steiner no se

ha llegado a realizar.

Los músculos faciales de Hitler se contrajeron; sus dientes rechinaron. Aquello era demasiado. Luego de las buenas noticias divulgadas por Himmler, aquél imbécil derramaba semejantes insensateces.

–¡Eso no es cierto! –gritó, intentando convencerse a sí mismo, más que al desconocido oponente–. ¡Eso es una pura patraña inventada por usted! ¡Me está engañando! ¡Está confundiendo a su *Führer!* ¡Le haré fusilar! ¡Haré fusilar a cuantos pretendan mentirme!

El portavoz se retiró del micrófono, muy acomplejado y abatido. Comprendió. Su vida había pasado a no valer nada. En el instante más repentino podían presentarse a reclamársela unos temibles hombres, vestidos siempre con gabardina, cuello subido y tocada la cabeza con un sombrero cuyo ala les caía sobre la cara; los hombres de la *Gestapo*, que acudían a por su víctima.

Pero el *Obergruppenführer* Steiner, a fin de no sacrificar más a sus hombres en una lucha en la que no tenían posibilidad alguna de triunfo, desoyó las órdenes recibidas. En él, sin embargo, era en quien ahora Hitler cifraba sus esperanzas de que les pudiera sacar del atolladero.

Las noticias se sucedieron contradictorias. Unas favorables, y otras, negativas. Dieron las tres de la tarde y, con ello, la hora de la conferencia periódica, sin saberse nada en firme. Comenzó la reunión con un ambiente muy álgido de tensión.

Concurrían Jodl, Goebbels, Keitel, Bormann, Burgdorf y Krebs, los jefes de Ejército de primer rango, con Hagen y Herrgesell, más los taquígrafos a transcribir las notas de cuantos temas se tratasen. Los oficiales de segunda fila, en cambio, Voss, Christian, Fegelein y Hewel, además de otros varios, aguardaban retirados, al cabo opuesto del pasillo.

Keitel y Jodl hicieron exposición del estado general.

–Las noticias son malas –denunció el primero–, pero no tan desesperadas como muchos dan a entender.

–Los soviéticos han penetrado en los arrabales del norte de Berlín –dijo Jodl–; y allí se han afincado.

–¿Cómo ha sido eso? –se encorajinó Hitler, andando de un lado a otro de la reducida sala, mientras sus colaboradores le observaban estáticos en sus sillas, sin resaltar ninguna clase de emotividad, aunque la inquietud fuera por dentro–. ¿Dónde están las fuerzas defensoras de esa zona? ¿Qué ha sido de ellas?

Respondió Keitel:

–Húbose de movilizarlas, con el fin de ayudar a Steiner.

Ésta pareció ser la piedra de toque, para volver el *Führer* a preguntar, por enésima vez, lo que primordialmente le interesaba:

–¿Qué hay del ataque de Steiner?

Keitel volvió a revelar:

–Nada se sabe concerniente a él.

Hitler se detuvo ante él, declarándole responsable de tal ignorancia.

–¿Cómo no se tiene todavía conocimiento de ello, si es a dos pasos de distancia de nosotros?

–No... No se ha producido –titubeó el *feldmariscal*, ante la interpelación tan directa.

–¿Por qué no se ha producido? –el acento del jefe *nazi* se iba alterando por segundos; así lo comprendieron sus subordinados, cuando los barrió con la mirada.

–Incomprensiblemente, nada ha ocurrido.

–Eran proyectos estudiados con sumo cuidado, para fracasar con tanto estrépito. ¿Dónde ha estado el fallo?

Nadie sabía qué contestar, y no se atrevían a abrir la boca.

Fue Jodl quien rompió el silencio, al informar:

–La *Luftwaffe* no terminó por participar en la maniobra. Al faltar dicho apoyo, la empresa se ha venido abajo.

Como colofón, Hitler estalló en un aullido de cólera; una de esas histerias sufridas cada vez con mayor frecuencia y violencia, con el cuerpo temblando, en un tris de explotar de furor y los puños en alto, fuera de sí y descontrolado el dominio de su persona, con los ojos pareciéndosele querer salir de sus órbitas.

Hablando a alaridos, apostrofó a los presentes:

–*Verdamten!* ¡Estoy rodeado de traidores!

Los asistentes a la reunión se sobrecogieron en sus asientos.

–¡El ejército está formado por hombres ineptos!

Se imaginaron muñecos, a merced de aquel ser diabólico, con potestad suficiente para jugar a su antojo con ellos, con sus personas, con sus vidas...

–Son ustedes unos cobardes; no tienen coraje para dar la cara al enemigo. Están corrompidos; para justificarse, no hacen otra cosa que soltar embustes y tratar de burlarse de mí.

Amenazó con el índice a los generales. Éstos se echaron para atrás, temerosos de ser atravesados con ese dedo de parte a parte.

Regresó a su pedestal y agregó, más calmado:

–He sido abandonado... Nadie se aviene a secundarme.

Goebbels le patentizó:

–Mi *Führer*, no a todos ha de comparar con el mismo rasero; a mí me tiene inclinado a seguirle hasta donde sea necesario.

–Gracias, mi querido Joseph; usted sí me es fiel. Pero con estos vaticinios consideraremos inútil cuanto hagamos. Hemos de pronosticar que, de este modo, será imposible cumplir la misión para la cual cada uno estamos destinadas en la vida; la mía correspondiente se verá truncada por un maleficio diabólico.

Ninguno de los presentes osaban contradecirle; éste prosiguió con su monólogo, repleto de pesimismo:

–El fin es inminente. Seremos incompetentes de conseguir reponernos de unos golpes tan crudos... agenciados por nosotros mismos.

Ahora no se erguía inquebrantable, seguro y entero en afirmar la voz de mando de las armas alemanas en el resto del mundo.

–Hemos concluido. El *Tercer Reich* ha sido un infortunio; a mí, su creador, fundador y director, no me resta otra solución y aguantar al máximo, hasta la muerte, si es preciso, en este lugar. He desvelado cuantas dudas me corroían: no saldré de Berlín. Permaneceré en este sitio en busca del desenlace, donde afrontaré la suerte de la contienda, triunfar, o claudicar.

–Mi *Führer*, no pueden ser inútiles y baldíos tantos y tantos esfuerzos hechos con anterioridad –protestó Keitel–. Aún no está todo perdido. Hemos de continuar luchando.

–¿Qué podemos esperar? –interrogó, deteniéndose ante Keitel, el "*sapo chismoso*", como le apostrofaban sus propios compañeros en las altas esferas militares, por su condición de irle a relatar los rumores circulantes–. En nada podemos confiar. Valoré y dispuse una táctica posicional, para poder contener a las fuerzas hostigantes, y... ¿qué hemos logrado? Nada. Nada. Nada. Absolutamente nada. Nadie guarda ahora esperanzas de cantar victoria... y no nos quedan más efectivos para oponer a los enemigos.

–Todavía tenemos Grupos de Ejército en funcionamiento, intactos y prestos a entrar en batalla –adujo Krebs.

–¿Cuáles? ¿Qué Ejércitos? –se encaró el otro con él.

–Están los de Schoerner y Kesselring.

El *Generalfeldmarschall* de la *Wehrmacht* Ferdinand Schoerner había

tenido gran éxito en las campañas de Polonia, de los Balcanes y en la *Línea Metaxas*, y participó en la *Operación Barbarroja*, para terminar siendo nombrado comandante del Grupo de Ejércitos "*A*" y comandante del Grupo de Ejércitos del norte.

Albert Kesselring, con el alias de "*Albert el sonriente*", *Generalfeldmarschall* que comandó el Grupo de Ejércitos "*C*", jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, en 1940 tuvo a sus órdenes a la *Luftlotte* (Flota Aérea); y comisionado por Hermann Goering, dirigió la ofensiva de la aviación sobre Londres y puso en peligro de batir a la *R.A.F.,* aunque debido a las cuantiosas pérdidas de aparatos germanos en estas actuaciones, forzaron a interrumpir indefinidamente la *Operación León Marino*.

–La mejor solución –intervino Jodl, queriéndole abrir los ojos al dictador y quitarle la venda cegadora– será mudarnos de inmediato a *Obersalzberg*, antes de ser extremadamente tarde y se interrumpa el pasillo sostenido por los nuestros a duras penas, a la espera de su marcha de aquí, mi *Führer*.

Éste se aferraba imperturbable a su determinación. Movió la cabeza horizontalmente.

–*Nein! Nein!* ¡No me iré! –alegó, gritando con su habitual desaforado delirio–. ¡No me iré de Berlín! ¡No dejaré esto! ¡Mi puesto está en la capital, a la cabeza del tinglado y dirigiendo las operaciones! ¡No me iré!

Acto seguido de una conferencia tan alterada, Voss, el interino de Doenitz, telefoneó al gran almirante y le puso en antecedentes de la voluntad del *Führer*. Fegelein, por su parte, entabló conversación con Himmler, a quien refirió lo mismo.

Rápido, el almirante Doenitz se puso en contacto con el *búnker*, por mediación del hilo telefónico.

–*Herr Führer* –especificó–, solicito de su buen criterio vuelva a reconsiderar el propósito de estar hasta la conclusión en la ciudad de Berlín; tal cosa es perjudicial para la causa *nacionalsocialista*. Hay muchos batallones en aptitud de intervenir, intactos. Le prometo mis fuerzas navales para acudir en su ayuda, en caso de ser demandadas por usted y no cesar en la lucha.

Igualmente, el *Reichsführer* Himmler entabló conversación con él y le pidió reflexionara de nuevo su postura; a cambio, él ofrecía sus Regimientos de las *SS*.

Ribbentrop, por su lado, no se quiso rezagar, telefoneando también, al par de ponerse al habla con Hitler.

–*Herr Führer* –dijo, con aplomo absoluto en el tono de su acento–, he de expresarle a usted que poseo grandes esperanzas.

–¿Sí? –replicó, con sorna, el mencionado; hacía mucho tiempo no era tomado el ministro de Relaciones Exteriores en serio cuanto decía–. ¿Qué esperanzas son ésas?

–Tengo preparada una gran baza diplomática, dispuesto a lanzar, de resultados comprobadamente positivos.

–Mire, Ribbentrop, no estoy de humor para escuchar las fantasías a relatarme usted.

–Esto surtirá grandes consecuencias en la parte adversaria, se lo juro; es posible desistan en sus intenciones de persistir con la campaña y se retiren desanimados... Si no lo cree, óigame y verá.

–Vamos; exponga con brevedad su versión.

Ribbentrop no se entretuvo, para referir:

–He hecho correr los bulos, a fin de su repercusión en las filas de los aliados y se extiendan entre sus soldados, lo siguiente: va usted a retirarse a *Berchtesgaden*, donde se librará la última y definitiva batalla, en una comarca de defensas inexpugnables, imposibles de reducir, donde los atacantes desgastarán inútilmente sus fuerzas, viéndose forzados a renunciar de continuar una empresa tan prolongada y costosa de hombres, maquinaria y dinero. ¿Qué le parece?

–¿Nada más es eso? –interrogó su interlocutor, dándole a entender no considerar de peso lo detallado.

El ministro de Asuntos Exteriores no se apercibió de la ironía.

–Hay más... –se interrumpió, como recobrando aliento, y amplió–: Emparejado a esto, un servicio de guerrillas zaherirán a las tropas aliadas y las diezmarán. Nada hay más desmoralizador a encontrarse a tantos miles de kilómetros de sus casas, para sostener los ánimos en alto durante un largo intervalo. Le pronostico ser buenas medidas a poner en marcha.

–Bien, bien –respondió su interlocutor, con desgana–; reflexionaré sobre sus ideas.

Sin estar convencido, ni dispuesto a respaldar tales propuestas, cortó la comunicación telefónica.

Paul Joseph Goebbels, el *Gauleiter* de Berlín y Ministro de Propaganda, recibió ese día una inesperada sorpresa: Magda Goebbels, Quandt de soltera, se presentó en el *búnker* ocupado por él, acompañada de sus seis hijos

Goebbels se mostró contrariado.